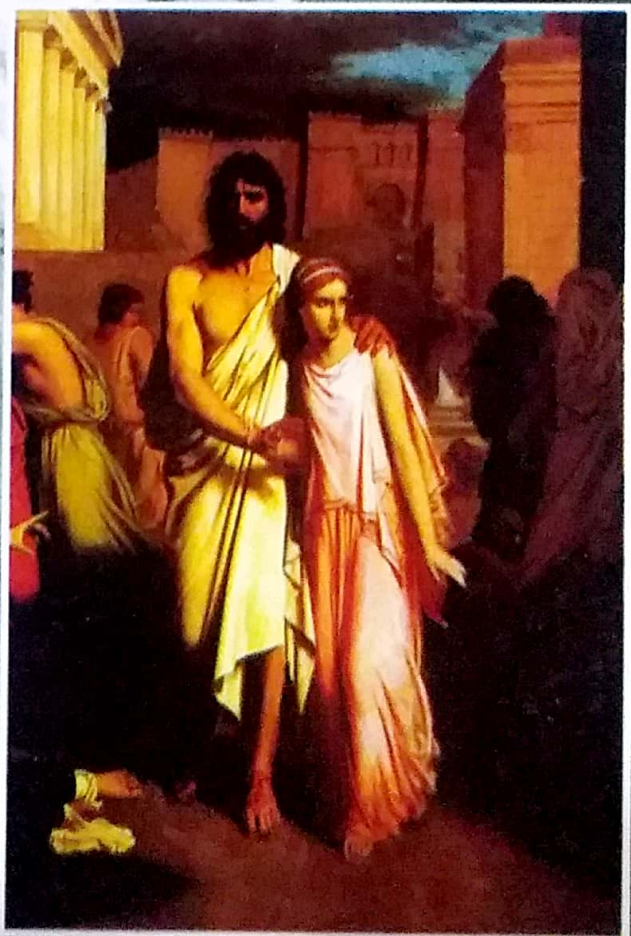


Sófocles

Antígona



Gradifco

Colección Nogal

ANTÍGONA

SÓFOCLES

Estudio Preliminar
JUAN F. DRAGO BURGOS



Gradifco
Buenos Aires - Argentina

Sófocles
Antígona - 1a ed. 1a reimp. - Buenos Aires : Gradifco, 2007.
64 p. ; 19x12 cm. (Nogal)

ISBN 978-987-1093-04-5

I. Teatro Griego Clásico. I. Título
CDD 882

Título:
ANTÍGONA

Traducción:
INAKI JARAUTA

ISBN 978-987-1093-04-5

Ilustración de portada:
ANTIGONA VODI EDPA IZ TEBE
CHARLES FRANCOIS JALABEAT (1810-1901)

GRADIFCO SRL®
Viamonte 2632 - Caseros
(D1678DWB) - Prov. de Buenos Aires - Argentina
Tel/Fax: (54-11) 4759-0286 / 4750-5688
E-mail: editorial@gradifco.com.ar
www.gradifco.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

ESTUDIO PRELIMINAR

Aunque ningún camino puede superar los beneficios de una lectura detenida, atenta y minuciosa, a veces es útil tomar distancia de los acontecimientos, en este caso literarios, para poder focalizarlos mejor y contemplarlos debidamente. Entonces nos será más sencillo comprender su importancia y reconocer su justificado prestigio. Tal es el caso de la tragedia griega. Hay quienes afirman que las raíces del teatro europeo han sido instauradas por tres periodos fundamentales para el género: 1. el del apogeo del teatro griego, al cual nos referiremos; 2. el del estilo renacentista inglés en tiempos de Isabel I, aportado principalmente por Shakespeare; y 3. el relacionado al complejo y prolongado proceso de transformación que vive el mundo, quizás acelerado desde la Primera Guerra Mundial y generado por los profundos progresos tecnológicos y sociales que se han pronunciado. Este último periodo ha sido insertado mediante el realismo y el naturalismo, en lo que respecta a lo escénico, para luego volcarse hacia diferentes intentos poéticos. Pero es la perfección de la tragedia griega la que confinaría durante siglos a los dramaturgos en un molde inalterable (y para alivio de su productividad). Y cuando nos referimos a este género, el nombre de Sófocles, escoltado por los de Eurípides y Esquilo, se nos presenta como un ineludible merecedor de elogios.

Nació en el año 496 a. C., en Colono, suburbio de

Atenas; y su padre era un fabricante de espadas. Fue poseedor de una buena posición económica, temperamento, elegancia y excelente salud, como sus actuaciones en competencias atléticas lo demuestran. Prosperó en el período más dichoso de Atenas, y habiendo sido amigo de Pericles, ocupó importantes funciones en su gobierno. En el año 443 a. C. fue tesorero del Imperio y en 440 figuraba entre los generales que comandaban las fuerzas atenienses en la expedición de Pericles contra Samos. Luego del fracaso contra Siracusa, fue nombrado miembro del Comité de Salud Pública... Es que el "telón de fondo" del nacimiento del drama griego manifestaba el momento en que Atenas adquiría una nueva dimensión política, luego de haber sometido a los persas en Maratón. Entretanto, se iba gestando la crisis interna del mundo helénico que alcanzaría su plena magnitud con la guerra del Peloponeso.

Pero volvamos a la veta más importante de Sófocles, puesto que al mismo pueblo de Grecia le atraía más su carácter que su política, ya que era cordial, ocurrente, reservado (aunque le gustaba divertirse) y gozaba de un atractivo personal que hacía absolver todas sus faltas. En las habituales competencias que se sucedían entre los griegos, ganó dieciocho veces el primer premio en las Fiestas Dionisias y dos veces en las Leneas; obtuvo su primer galardón a los veinticinco años y el último a los ochenta y cinco, y acaparó durante treinta años la escena ateniense, con una popularidad más intensa, incluso, que la del mismísimo Pericles. Despojó a Esquilo del primer premio de tragedia en el año 468 a. C., cuando contaba con veintisiete años. Se estima que su producción era de una tetralogía cada dos años, es decir, dos dramas por año. Elevó el número de actores a tres y llegó a desempeñar alguna vez él mismo papeles en las representaciones

mientras su voz se lo permitió.

Fue también filósofo y predicador, pero sus lecciones estaban menos relacionadas con la ordenanza de los dioses que las de Esquilo. Sus tragedias encajaban en la definición de Aristóteles, que asociaba el género a una *catarsis de piedad y del terror mediante su representación objetiva*. Mientras otros acostumbraban tratar temas en sí significativos y matizaban a los personajes de sus tramas con un aspecto sombrío, Sófocles centralizaba su fuerza en el carácter, con lo que se advertiría su perspicacia en sus apreciaciones psicológicas. Era, en realidad, el nexo entre el drama religioso de Esquilo y el estilo de predominante acento psicológico que desarrollaba Eurípides. *He pintado a los hombres como ellos deben ser pintados, mientras que Eurípides los pinta tales como son*, dijo una vez. A pesar de que era un hombre que se ajustaba a las instituciones y a las ideas de su pueblo, evidenciaba una disconformidad implícita en sus obras. Sus tragedias denotaban cierta rebeldía contra el orden social; sus personajes, ya sean tomados de la historia o del mito, representaban un conjunto de espíritus intratables. Su intención era introducir la idea de justicia (moral, política y social), y la única forma de hacerlo era acceder mediante el reconocimiento de la existencia de un poder divino responsable de la suerte de los hombres y cuyas leyes, piadosas y caritativas, no debían transgredirse. Con relación a sus personajes, hay una especie de contraste entre la vanidad abatida y la nobleza indeclinable en cada uno de ellos, sobre todo, si tenemos en cuenta que la mujer griega no solía aparecer en la tragedia como una insurrecta. Esas oposiciones son claras entre Antígona y su hermana Ismene, como se verá en la presente edición.

Sófocles murió en el año 406 a. C., los griegos le tributaron honores y el poeta Simias le compuso un delicado

do epitafio. Se ha dicho que su hijo legítimo, Iofón, temiendo que su padre legara su fortuna a su hermanastro, ante los tribunales lo acusó de incapacidad para administrar sus bienes. Como prueba de lucidez mental, bastó que Sófocles leyera una de sus tragedias ante la corte para que ésta lo absolviera.

La cronología de sus dramas es tema de discrepancias entre los críticos. Incluso, sobre el origen de los no conservados y aun de los nombres no hay completa seguridad. Se le atribuyen más de 100 obras dramáticas. De ellas han llegado a nosotros sólo siete: *Áyax*, *Edipo rey*, *Electra*, *Antígona*, *Filoctetes*, *Las Traquinias* y *Edipo en Colono*, que se representó cuando el poeta ya había muerto. Nos queda resignarnos ante esta importante abundancia de títulos perdidos de los que, en algunos casos, sólo se han conservado algunos fragmentos; y el tiempo nos privará perpetuamente de acceder a su total contenido.

La que aquí presentamos es la tragedia más elogiada del poeta, incluso más que *Edipo Rey*. *Antígona*, hija de Edipo, se rebela contra las órdenes de la ciudad de dejar insepulto a uno de sus hermanos. Dejaremos descubrir motivos y consecuencias al lector, quien apreciará nuestra medida de no adelantar trama y detalles. Sólo diremos que lo que se plantea aquí es un problema entre las leyes inherentes del hombre y las estatales. La ley perpetua ante la ley provisional. ¿Es el Estado o es el hombre el que impe- ra? *Antígona* es víctima de su idea y sufre por su decisión. Demuestra cómo las elecciones aseveran la libertad de los seres, que esa posibilidad es sinónimo de independencia; y que el Estado, que se cree omnipotente, nada podrá hacer al respecto. Si no observamos estos rastros, perderemos la esencia y el valor de esta obra, y estaremos recibiendo, únicamente, una trivial imagen de los sucesos. Podríamos desmenuzar la destreza con que el poeta he-

no expone su historia, pero también es al lector a quien le conviene hacerlo.

Dirijámonos ahora a un rasgo interesante de la tragedia sofocleana: el coro. Por lo general, existen dos formas de desarrollarlo. Una es como un adorno o comentario al margen de la acción dramática, a la que explica y modera; y la otra, como personaje multitudinario que forma parte de la acción, como ocurre en la ópera. Según Aristóteles, el coro es *un verdadero miembro del drama, que coopera con los actores*. Y en Sófocles, las personas que lo conforman varían. En los temas de Troya, hallamos marinos para *Áyax* y *Filoctetes*; y jovencitas para *Electra*. En el único tema referente a Heracles (*Las Traquinias*), también son jovencitas las que forman el coro. Y en los tres temas tebanos (*Antígona*, *Edipo Rey* y *Edipo en Colono*), son ancianos. En cada caso, las apreciaciones del coro responden a su conformación en lo que respecta a sentencias y evaluaciones, que demuestran una perfecta caracterización. Disienten, y es lógico, las visiones de las mujeres de la de los marinos; y los ancianos aportan su agravado matiz al ya de por sí oscuro drama.

El coro de *Antígona* es un grupo de ancianos perfectamente creíble cuando se horroriza de los hechos y cuando resalta detalles de la trama. Mientras van comentando la acción, entonan sus cantos perpetuos al amor y a los dioses, pero al mismo tiempo introducen sus razonamientos, que corren a cargo de un personaje colectivo que interviene directamente en la acción. Este recurso se solidariza con la ausencia de narrador que sufre el género y es uno de los atractivos permanentes de esta tragedia, lo que se debe a los dotes centrales de Sófocles, gran poeta lírico del teatro y defensor de la recta sabiduría.

JUAN F. DRAGO BURGOS

Sófocles

Antígona

Sófocles (496-406 a. C.), cuyo nombre significaba el sabio y el celebrado, veía hombres resignados a un destino implacable, desgarrados en lamentos, y así lo demuestra este drama de conflictos. Todos pueden entender el de *Antígona* (430 a. C.), porque es netamente humano. ¿Quién puede más? ¿El rey que ordena sólo un día o los dioses que lo hacen imponiendo sus fallos y haciendo caso omiso al tiempo? Tal es el dilema que se plantea.

Las condiciones soberbias de sus tragedias, que han sobrevivido al tiempo y a las traducciones, brillan por el dominio de su técnica y por su estilo. Su carisma en la expresión, típicamente clásico, vigoroso y emotivo concuerda con una estructura también clásica, donde cada frase actúa como un engranaje que colabora para que la acción alcance su clímax y su sentido global. Para muchos estudiosos de los griegos, *Antígona* es la mejor tragedia de Sófocles. Y si consideramos la importancia del poeta, podremos convenir en que estamos ante una de las tragedias más importantes de todo el teatro griego.



Gradifco


Edición Íntegra

ISBN 978-987-1093-04-5



9 789871 093045